

DANTE

y

LA DIVINA COMEDIA

---

CONFERENCIA

*Pronunciada en la Habana el 16 de Noviembre de 1879*

---

LAS frases tan amables y benévolas del señor Presidente, (1) y los aplausos con que las habeis acogido, me conmueven profundamente; acrecen la emocion, bien grande ya de suyo, que me producía la idea de entrar aquí, de subir á esta tribuna, de hablar en esta sala, donde por multitud de motivos no puedo hacerlo bajo el imperio de los mismos sentimientos que en cualquiera otra parte; porque aquí, en este barrio de la ciudad, á pocos pasos del lugar donde nos encontramos, he alzado la voz, por primera vez en mi vida, para hablar ante un público,

---

(1) El señor Don J. A. Cortina, que habia tenido la bondad de pronunciar un breve discurso de introduccion, llenó de las más lisonjeras expresiones.

hace mucho tiempo, nada ménos que veinte años, mucho más de lo que el célebre historiador de Roma llamaba « largo espacio de la vida mortal. » Mil recuerdos indelebles de la juventud surgen ahora, y me circundan, y casi me embargan el libre ejercicio de la palabra ; fijando un instante la atencion, parece que me veo yo mismo otra vez, tal como entónces era, un niño, apénas un adolescente, colmado de alegrías, con una confianza imprudente en mí mismo, que de cierto no tengo ahora, figurándome llanos y fáciles los ásperos caminos de la vida—que es tan áspera !—embriagándome con delicia en los primeros perfumes de la existencia, ostentando fresca é intacta en la mano la flor de mis ilusiones. Ahora... han corrido veinte años presurosos; vientos de los cuatro lados del horizonte han sacudido la flor, arrancado sus hojas, que una á una he visto escaparse y perderse en el espacio; y sólo conservo el tallo marchito, las espinas punzantes y las cicatrices de la mano.

Asáltame tambien otro vivísimo recuerdo, la imagen de un hombre, de un anciano de faz dulcísima y venerable, á cuyo lado estaba, que me cubria con su proteccion, y á quien hasta aquel momento todo lo debia en el mundo. Era mi maestro, mi segundo padre, José de la Luz Caballero ; y estoy siempre tan lleno de él, que pudiera sin grande esfuerzo hablarlos largamente sobre tema tan grato para mi corazon. Pero

no lo haré. Me contento con mencionar su nombre, consagrarle este recuerdo y ponerme en cierto modo, desde el principio de mi conferencia, bajo el amparo de su memoria.

Grande admirador era él del poeta insigne de que voy esta noche á ocuparme; él me trasmitió el afan de estudiarlo y conocerlo, de él aprendí á descubrir el íntimo y oculto sentido de sus versos inmortales, á percibir la armonía sublime, que explica su historia y su carácter, por medio de la obra grandiosa que asegura la perpetuidad de su nombre. Os voy á hablar de Dante ; os voy—con más exactitud—á decir algo sobre el poeta de la Divina Comedia, porque es claro que no pretenderé encerrar en los límites estrechos de mi conferencia, asunto que es vastísimo. Dante no es sólo, demasiado lo sabeis, el primer nombre de la literatura italiana, y uno de los muy primeros entre los grandes autores cuyas obras son el patrimonio, la honra, el título de nobleza inalterable é indudable en que puede fundar verdadero orgullo la humanidad entera ; sino que fué además un vigoroso combatiente en la batalla de la vida, un sér de alma grande y heroica que vivió y luchó la vida de su patria, la vida de su siglo, la vida de todos sus semejantes; y cuya palabra, y cuyos escritos, y cuya historia son otro mundo, otro universo, otro cosmos moral é intelectual, grande, muy grande, indefinido como éste en medio del cual pasan

y giran nuestros planetas, como puntos imperceptibles en el espacio incommensurable.

Fué un héroe en el verdadero, en el más alto, en el sentido trascendental de la palabra. Su existencia se desarrolla entre dos siglos revueltos de esa época confusa y preñada del porvenir que llamamos Edad Media; ciudadano de una de las turbulentas y famosas repúblicas italianas, de esa ciudad de Florencia que es después de la Atenas de Esquilo, de Pericles y Demóstenes, el lugar de la tierra á que más deben el mundo y la civilización;—luchó desesperadamente contra la adversidad que, en diversas formas, vino constantemente á ponerse en su camino y cerrarle todas las salidas. Desgarrada su ciudad natal por luchas intestinas, sangrientas y encarnizadas, que intentó primero, inútilmente, moderar ó dirigir; en que se vió despues forzado á tomar parte declarándose en favor de uno de los bandos contendientes, como era su deber, como es el deber de todo hombre en casos infortunados de esa naturaleza,—se salvó de la muerte condenándose al destierro. No ya la felicidad, el simple reposo, le fué desde entónces vedado por la hostilidad de su destino. Mientras en su patria arrasaban su casa y pregonaban su cabeza, erraba de ciudad en ciudad, componiendo y escribiendo, con la sangre de su ulcerado corazón, el poema inmortal, que es la mayor gloria de esa misma patria desagradecida.

Entró un día en el monasterio de Corvo un peregrino de rostro lívido y adusto, que permanecía callado en presencia de los religiosos. Preguntóle uno de ellos qué buscaba, y el extranjero sin comprender miraba absorto los arcos y las columnas del claustro. A una nueva pregunta, volvió lentamente la cabeza y mirando á los hermanos, contestó con voz sepulcral: *La paz*. De ahí aquel verso sublime de la Divina Comedia:

*Io vò gridando: pace, pace, pace!*

Así vivió los últimos veinte años, los mejores de su vida, y llegó de obstáculo en obstáculo, de destierro en destierro, de desesperacion en desesperacion, pero siempre rebelde é indignado, á morir en Ravena, lejos de la patria amada con delirio. Ahí fué enterrado, y ahí han ido durante siglos los florentinos suplicando, en balde hasta ahora poco, la devolucion de las cenizas del más ilustre de sus hijos para sepultarlas en uno de los numerosos monumentos, que la posteridad, tardía y estérilmente agradecida, como siempre, se empeña á porfía en levantarle y dedicarle.

Pocos ejemplos existen más completos de lo que en el lenguaje comun se llama un hombre desgraciado. Nunca ha sido el bienestar la recompensa de los grandes benefactores en el orden intelectual. Se hallan de tal manera organizadas las sociedades humanas para solaz y triunfo de las medianías, que apenas surge un

sér de extraordinarias facultades cuando todo en su torno parece de propósito conjurarse para amargarle é infernarle la existencia. Así son un verdadero martirologio las biografías de los grandes hombres; y pudiera recordar, buscando un paralelo á sus miserias entre los compañeros del Dante, entre los artistas de cualidades eminentes, pudiera mencionar, repito, á Beethoven, condenado por la naturaleza á no oír él mismo la música sublime que creaba; para quien debió haber sido peor, mil veces peor que todas las amarguras de la muerte, sentir extinguirse por completo el mundo de sonidos con que daba forma imperecedera á las imágenes que brotaban de su poderosa fantasía, que de ese modo asistió á su propia larguísima agonía, y murió sintiéndose vivo todavía. Pudiera mencionar también á Cervántes, el rey de los escritores españoles, cuyo libro incomparable entraña una antítesis prodigiosa, porque es la mirada más profunda y escrutadora que sobre la miseria humana se ha dirigido jamás, sostenida sin alterar la sonrisa dulcísima de un alma candorosa y buena. Cervántes, como sabeis, vivió sesenta y nueve años, sin deber nunca, ni á los hombres ni á la naturaleza, una sola coyuntura favorable, una sola muestra de auxilio ó de simpatía; la indiferencia aquí, la envidia allá, la enemistad en todas partes; sintiendo materialmente los efectos del hambre y la desnudez, hasta caer al fin fatigado y exhausto en la fosa comun,

con tan poca fortuna, bajo estrella tan adversa, áun en ese trance postrimero, que inútilmente han estado desde hace años sus descendientes, sus compatriotas, buscando su cadáver, los restos de la envoltura mortal de su genio vencedor del tiempo; y ni siquiera despues de muerto le es dado recibir los homenajes, que en vida implacablemente le negaron.

Los sufrimientos del Dante fueron todavía mayores. En prueba de ello, además de la historia incompleta, pero bien llena de desventuras, de su vida; además de su Libro, de su Poema donde no hay tormento que no tenga su nombre, ni dolor divino ó humano cuyo quejido no haya sido notado, ni desesperacion que no haya sido traducida por algun vocablo ó alguna frase, cuyo eco repetido de generacion en generacion, y de siglo en siglo, llena todavía nuestros oidos,—poseemos otro testimonio irrecusable en un cuadro, un retrato, que es auténtico sin disputa, obra de algun contemporáneo del poeta, que se conserva en Florencia, y que me parece tener aquí delante de los ojos. Es el simple perfil de un rostro pálido, lívido mejor dicho, de expresion vaga aunque penetrante y dolorosa, con unas hojas de laurel en torno de la frente, que no se puede mirar sin experimentar vivísima emocion. La realidad no ha ofrecido al pincel de artista alguno, otro ejemplo igual de trágica tristeza. Es una fisonomía detras de cuyas facciones se adivina

un fondo primitivo de dulzura y mansedumbre, que algo—no se sabe qué—algo terrible é indefinible, ha transformado en un hombre duro, inexorable, sin esperanza. Esa fisonomía no habla, siente únicamente; una pena sin nombre está devorando y consumiendo su corazón; no profiere un solo lamento, pero los labios contraídos y arqueados en sus extremos expresan el silencioso desden que en esa alma superior inspira la crueldad de su propia suerte, la tranquilidad suprema de una víctima que se siente muy por encima de la adversidad que lo abrumba y aniquila. Profundamente indignado pero sereno, implacable pero justo, callado é invencible. Tal es el Dante, tal debió ser el poeta de la Divina Comedia, ése es sin duda alguna el retrato del famoso florentino á quien veían pasar las mujeres de Verona y decían: «Ese es el hombre que va y viene del Infierno cuando quiere!»

No conocemos puntualmente, como ya ántes indiqué, con todos sus detalles, la vida del Dante; pero lo que sabemos confirma la impresion del retrato, que en definitiva viene á ser el documento más importante, despues de su gran Poema, para penetrar y fijar su carácter; ojalá poseyésemos de otros grandes artistas documentos de ese género! Ojalá tuviésemos en alguna parte un retrato de Cervántes, por ejemplo, auténtico como ése, copiado de la realidad por un contemporáneo! Cervántes nos dejó escrita, como

sabeis, una descripción de sí mismo, un retrato á la pluma, en que está todo ménos lo principal, ménos la expresion de su íntimo sér; ¡cuánto más no sabríamos sobre él, si nos fuera dable señalar en la combinacion de sus facciones los elementos de su poderosa individualidad artística; y descubrir en su fisonomía los gérmenes que produjeron ese loco sublime, esforzado como un héroe de la Iliada, exaltado y generoso como un paladin de las Cruzadas, justo é inquebrantable como un hombre del porvenir, sér imaginario que vino al mundo con tanta vida que fué sin duda creado á imágen y semejanza del gran poeta que lo evocaba, como se formó, segun la tradicion, el primer hombre á semejanza de su hacedor!

Dante nació en la segunda mitad del siglo XIII (en 1265, diré para ser más preciso) de familia noble, en Florencia, y aprendió todo lo que en las escuelas se enseñaba durante la Edad Media: mucha filosofía escolástica, mal disfrazada con el nombre y la máscara de Aristóteles; mucha teología; ningun griego y bastante latin. Su poema refleja cabalmente toda su educacion. Allí Virgilio aparece como el poeta soberano, guia, señor y maestro; y Dante que tiene la conciencia de su genio y no esconde el orgulloso sentimiento de su valer que á menudo lo anima, se inclina, sin embargo, humillándose ante él, como ante un modelo inaccesible. La posteridad no ha confirmado los resultados

demasiado modestos de esa comparacion, y si bien reconoce en Virgilio un artista muy grande, un maestro en el decir y un espléndido poeta, sabe medir la enorme distancia que lo separa de un genio creador como el Dante, que inventa y combina dentro de sí mismo, sin auxilio de nadie, los rasgos y elementos de su poema: tan nuevo, tan original, tan extraordinario que van seiscientos años transcurridos y ninguno se ha acercado á él,—más aún, nadie capaz de comprender la dificultad de la empresa, ha osado intentarla. Homero, Shakspeare, los únicos dos que ocupan el mismo rango y pueden llamarse sus iguales, han tenido imitadores; Virgilio y el Tasso y algun otro se aproximan en algunas ocasiones al cantor de la ruina de Troya; Schiller y Goethe, en varias de sus obras, no distan grande espacio del autor del *Hamlet* y del *Othello*. Dante, miéntras tanto, permanece en pié, aislado, solo y grandioso, con su larga ropa talar y el laurel nunca marchito en torno de su frente, elevado sobre el pedestal de la Italia, llenando todo el vasto horizonte de los diez siglos de la Edad Media.

Florenia, la ciudad natal, era al mismo tiempo toda la nacion. La Italia, dividida entónces en menudas fracciones, encerraba entre los Alpes y el mar, casi tantas naciones diferentes como contaba ciudades importantes. Ensangrentada por bandos y parcialidades, en cuyas luchas todos tomaban parte, la cosa pública era

un interes comun que imponia deberes activos, y producía un movimiento continuo de guerra y de política, de que es difícil formarse idea exacta en nuestros dias de grandes nacionalidades, vasto comercio é intereses cosmopolitas. Allí todo ciudadano era soldado, las diversas carreras se confundian, la patria pedia su sangre á todos sus hijos; mas por lo mismo el ejercicio de las armas no era ocupacion exclusiva, ni aislaba al ciudadano; el soldado allí empuñaba la espada para defender literalmente su familia, su hogar, sus más próximos y queridos intereses. Cuando sonaba la hora de vestir el arnes de guerra y salir á campaña, se alejaba á veces tan poco que podia ver á su anciano padre en los baluartes ansioso de admirar y aplaudir su triunfo; sabia que si la suerte le era adversa no vendrian manos mercenarias á restañar sus heridas, que su madre misma se sentaria al lado de su lecho de dolor; y que si debia consumir el sacrificio patriótico de su vida, moriria rodeado de su familia y sus amigos. Dante siguió el camino por donde su época lo llevaba; fué soldado y peleó en más de una batalla, luégo político, diplomático, embajador; y á los 35 años, de puesto en puesto, de servicio en servicio, llegó á ser uno de los Priors, ó primeros magistrados de Florenia. Pero en los juegos de la guerra y la política los triunfos son efimeros, la fortuna le hizo traicion una vez, y se halló con todos sus amigos condenado súbitamente al des-

tierra, forzado á pasar errante y miserable el resto de su vida. Dicen que se encuentra todavía en los archivos de Florencia el decreto que disponía la confiscación de sus bienes y ordenaba que fuese quemado vivo donde quiera que fuera aprehendido. Antes su casa había sido saqueada. Las discordias civiles, desgraciadamente, son iguales en todos los siglos y en todas partes.

Tal fué su vida pública. Poco sabemos acerca de su vida íntima. Sabemos sólo que tuvo familia, y que en su seno tampoco fué feliz, lo cual no debe considerarse extraño. Más de una vez me he preguntado delante de su retrato si era posible que lo hubiese sido, y me he dicho que nó. ¿Cómo hubiera podido una mujer aplacar la intensidad excesiva de carácter que revela ese rostro? ¿cómo hubiera logrado nadie suavizar ó encantar la vida del hombre, cuyos ojos miran todavía con tanta fiereza y energía desde la tela de ese cuadro?

Pero sabemos otra cosa más. Hubo un sér á quien Dante amó profundamente, despues de la patria el único quizás á que se consagró con toda su grande alma; fué una mujer, y su nombre solo despertará en vosotros un mundo de recuerdos. ¿Quién no conoce la Beatriz de Dante? Las escasas y brevísimas relaciones personales que mediaron entre esos dos séres forman un consorcio indisoluble en la memoria de los

siglos. Contaban uno y otro nueve años cuando por primera vez, en un día del mes de Mayo, se encontraron en una fiesta. No volvieron á verse hasta nueve años más tarde, cuando ya contaban diez y ocho, y creció Dante admirando de léjos su hermosura celestial. Seis años despues, volviendo un día lleno de gozo y de esperanzas de una campaña victoriosa, la encuentra muerta. Es preciso leer los detalles de esto, que secamente os relato ahora, en la autobiografía mística que escribió con el nombre de *Vita Nuova*. Aquella muerte inesperada convirtió su amor, al privarlo de toda esperanza sobre la tierra, en pasión avasalladora. El fúnebre suceso transformó su sér: de ahí salió gran poeta, erudito, teólogo, diplomático, hombre de estado. Beatriz ocupa y llena su alma. Así, cuando más tarde sonó para él la hora del desastre y de la derrota definitiva, cuando abandonó á Florencia con el corazón profundamente llagado, odiando cuanto había ambicionado, maldiciendo la patria que tanto había amado—y tanto amaba todavía, pues el odio vehemente es indicio infalible de la persistencia del amor,—sólo el recuerdo de Beatriz podía servirle de consuelo en la vía dolorosa que ante él se abría, en el nuevo y áspero camino por donde el destino lo lanzaba, y que emprendía como un hombre arrastrado por sus verdugos á la muerte y á la crucifixión.

Empero no deploremos demasiado las desgracias

del Dante. ¿Qué hubiera ganado el mundo si hubiese permanecido en Florencia, en posesion tranquila del respeto y la consideracion de sus compatriotas? ¿El mismo, hubiera sido feliz? Probablemente nó; y el mundo en cambio careceria del libro más notable que se ha escrito en lengua moderna, del poema prodigioso que siendo primitivamente, en la mente del poeta, un himno en honor de una mujer, fué concebido con tan vastas y elevadas proporciones, que cupo en él toda la poesía, toda la ciencia y toda la religion de una época entera de la historia de la humanidad.

El destierro fué digno del cantor de las penas eternas del Infierno; duró mucho tiempo, todo el que vivió, hasta su muerte á la edad relativamente temprana de cincuenta y seis años; mas la injusticia del castigo interminable no pudo doblar su erguida cabeza. Ansiaba volver á la patria, y lo hubiera realizado pidiendo perdon y pagando una multa. Rechazó indignado la idea de semejante humillacion, y continuó vagando de ciudad en ciudad, llevando siempre, en la frente y en el corazon, el poema que debia ser la venganza implacable de su genio. Sus enemigos querian perdonarlo! qué error! él era el juez, de ningun modo la víctima! Sus enemigos! él vivia, miéntras ellos eran los muertos, muertos y prisioneros en el Infierno, sufriendo tormentos horrosos. Parecian residir aún en Florencia y agitarse y gobernar! mentira! Un juez inexorable,

cuyos fallos tenian por sancion ineluctable la inmensidad del tiempo, los habia condenado, y para ellos no habia perdon, ni multa, ni humillacion que pudiera salvarlos de la sentencia pronunciada!

La historia de su destierro es la historia de la composicion de su poema; al terminarlo consideró cumplido el objeto de su existencia sobre la tierra, inclinó por primera vez su cabeza de apóstol y murió, seguro ya y convencido de su inmortalidad.

Nada os he dicho sobre sus opiniones políticas, por no entrar en detalles minuciosos y confusos que, llevándose demasiado léjos, poco en definitiva servirian para mi objeto. En aquellos dias era aún la Italia el campo de batalla de esa querella, que consumió siglos, entre el sacerdocio y el poder militar, entre los Papas y los Emperadores. Güelfos y Gibelinos, que así se denominaban los dos partidos, ensangrentaron durante muchas generaciones el suelo italiano, y subdividiéndose á menudo en fracciones menores y complicándose y agravándose con rivalidades y diferencias de localidad, convirtieron tan hermoso país en la region más desordenada y revuelta de la Europa. Dante militó bajo la una y bajo la otra bandera sucesivamente; Güelfo en Florencia, se hizo Gibelino en el destierro, y en ambas situaciones perseguia sin duda una misma idea, la unidad de la patria, la creacion de una Italia fuerte y poderosa, que trajera otra vez los grandes dias de glo-